

hasta 1913, año en el que publica sus *Arabescos mortales* Boti. El mejor antídoto contra el conformismo, la pedantería y la ignorancia reinante la encuentran en la palabra. También Poveda: «Estamos aherrojados por dobles cadenas. No somos sino una factoría colonial, obligada a trabajar, y a dar su cosecha y su fruto, compelida por el látigo. Estamos desorganizados y envilecidos, como una mala mesnada... Somos la sombra de un pueblo, el ensueño de una democracia, el ansia de una libertad. No existimos. ¿Y qué mejor ocupación para un poeta de ideales, mientras no existamos, que componer versos simbólicos...? ¿Quién sabe la fuerza que tendrán mañana mismo, estas palabras indecisas?» Lo cierto es que estas nuevas formas de expresión, en buena parte importadas del simbolismo parisién, se correspondían con el sentimiento de inconformidad que existía en el ambiente y deseaban los cubanos, ansiosos de una renovación total y en todos los sentidos. El inconformismo y la desesperanza estaban muy latentes.

El dolor ante la crisis de identidad nacional, el degenerado sentimentalismo, la sensación de desequilibrio se ven envueltos y extirpados por la exuberancia y desbordamiento verbal, por el premeditado olvido de cualquier referencia a las circunstancias políticas más inmediatas y cotidianas. El desconcierto era tan evidente como esperado y más aún cuando dos años después, en 1915, A. Acosta edita *Ala* y Poveda los *Versos precursores* donde con los procedimientos del simbolismo francés se esfuerza por conseguir «el gran poema de nuestro siglo, un poema que cantará en verbo nuevo con la música autóctona del verbo»:

Historia interminable, de ansia y paradoja,
cruel acontecimiento, largo de contar;
mis dedos displicentes doblaron la hoja
y hoy suple sabiamente la antigua congoja
un dulce placer de olvidar.

Hacía pocos años que Cuba había conseguido la independencia pero estaba claro que el pueblo cubano, ni por su edad ni por su origen, estaba en condiciones de exportar nuevas literaturas. La isla a ese respecto no era un pueblo influyente, sino influido, que condicionaba a los creadores a construir una literatura con direc-

trices extranjerizantes y modificadas por el medio y el ambiente interno. Sin duda Boti, como señaló Anderson Imbert, fue el primero en sacudir el polvo a las letras cubanas y en dejar limpio el aire y junto con Poveda hizo alardes de crear nuevas formas y hasta ciertas excentricidades características de la época, también importadas, pero es Acosta el poeta que supo evolucionar, que buscó y encontró nuevas formas y nuevos temas. En la *Antología de la Poesía Cubana en 1936*, que hizo Juan Ramón Jiménez, éste escribe en el prólogo: «Y ya en hoy, sólo señalaré los anteriores aciertos permanentes de poetas como Agustín Acosta, inquieto, vario y sucesivo». Tan inquieto, vario y sucesivo que su lírica acabó por desembocar en *La zafra*, libro considerado como de los más importantes en la poesía social hispanoamericana, en 1926. Y aunque sea este libro, el que me interese subrayar por todo lo que significó, está claro que los elogios de J. R. J. no eran provocados por este libro.

En su primer publicación, *Ala*, aparece la línea inicial con todo lo artificioso y decadente que puede pedírsele a un poeta joven. Para esta actitud, como indica José Olivio Jiménez, estaba Acosta dotado de una prodigiosa facilidad verbal y de un extraordinario sentido del color, del ritmo y de la música, como vemos en su poema «Absintio»

Rosas en la testa, como una corona;
 ágil y atrevida como una amazona;
 en la mano breve, fino guante gris...
 Vas a la conquista de ignota Bizancio,
 las pupilas verdes llenas de cansancio;
 en los labios finos, rouge de Paris.

En su segundo libro *Hermanita*, de 1923, deja a un lado las influencias de Darío evolucionando hasta un postmodernismo con una muy notable sencillez en la expresión. El colorido y la sensualidad ahora ya son intimismo y sentimiento. Sencillez emocionante y delicada, persuasiva. En sus posteriores libros Acosta ni dejó de crecer ni tampoco de evolucionar en busca de otros caminos poéticos. Su dependencia de la obra poética era total («Yo no soy un vulgar matemático, / yo soy un poeta») y su orgu-

llo de creador, tierno e inflexible («Alguien dirá: Soy dueño del oro... / Más sólo yo soy dueño del canto!»). Distintos tonos, temas muy variables y divergentes hasta volver a encontrarse con Darío en *Últimos instantes*, 1941, libro que editó Manuel Altola-guirre en La Verónica, en La Habana.

El país estaba viviendo un auge económico ficticio en esas décadas del siglo XIX en el que la perfección artística y el auge de la forma predominaba en la poesía. El negocio de los ingenios azucareros estaba asegurado por la Primera Guerra Mundial pero a comienzos de la segunda década el inesperado y tremendo descenso de los precios del azúcar llegó a poner en muy serias dificultades a colonos y hacendados. La crisis se generalizó y únicamente fue beneficiosa para el capital americano en la isla. Las estructuras sociales, montadas muy endeblemente, temblaron y cundió el inconformismo. El sentimiento de impotencia y dolor llenó todos los estamentos públicos y privados. Un problema tan latente y cercano sería tratado por Agustín Acosta en su poema de combate «La zafra», donde se exponían los litigios y contrariedades que planteaba la incursión del capitalismo en la vida cotidiana del cubano.

Ya José María de Heredia, desde Estados Unidos, donde había escapado huyendo de las autoridades españolas de la isla, para quien su amor primero es la suprema dignidad del hombre, no podía ser testigo de la prosperidad basada en la esclavitud con el beneplácito de la metrópoli española: («¿Ya qué importa que al cielo te tiendas /.../ si el clamor del tirano insolente, / del esclavo el gemir lastimoso, /y el crujir del azote horroroso / se oye sólo en tus campos sonar?»). José Martí también subrayó en sus versos el episodio de la esclavitud que era frecuente en la industria azucarera durante la época colonial: («El rayo surca, sangriento, / el lóbrego nubarrón; / echa el barco, ciento a ciento/ los negros por el portón»). Acosta ya había escrito encendidas elegías llenas de patriotismo a Martí, a la manera de la de Darío: («Si todo se olvida en la vida, tan solo perdure un recuerdo: Martí») y a Maceo, muerto en la guerra contra España: («Una estatua! Es risible ficción del pensamiento, / si cada hijo de Cuba no te alza un monumento / sobre su propio corazón...!»).

El tema de la esclavitud no era nuevo en la poesía cubana, pero sí eran diferentes los oligarcas, si los españoles no quisieron ajus-